

CONFERENCIA CENTRAL:

**EL ROL DEL GEÓGRAFO EN LA ORGANIZACIÓN TERRITORIAL. SU
COMPROMISO CON EL ENTORNO Y CON LA EDUCACIÓN**

CONFERENCISTA:

Dr. DANTE EDIN CUADRA

Profesor e investigador del Dpto. Geografía de la Facultad de Humanidades de la UNNE.

Director del Instituto de Geografía de la UNNE.

E-mail: dantecuadra@yahoo.com

CURRICULUM VITAE SINTÉTICO

Dante Edin Cuadra es Profesor, Licenciado y Doctor en Geografía de la Universidad Nacional del Nordeste. Docente, Investigador y Director de Proyectos de Investigación de la Facultad de Humanidades de la UNNE en el Área Humana y Ambiental. Ex docente, Investigador y Director de Proyectos de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral. Ex Jefe de la División Recursos Naturales Renovables de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral. Actual Director del Instituto de Geografía de la Universidad Nacional del Nordeste.

Se desempeñó como Director del Módulo "Atlas de Recursos Naturales de Santa Cruz" en el Proyecto Lucha contra la Desertificación en Patagonia (LUDEPA). Convenio INTA -GTZ (Alemania) e INTA-Consejo Agrario de la Provincia de Santa Cruz -UNPA. Participó en trabajos de Consultoría y Servicios en temáticas sociales y ambientales.

Integra la Planta Docente de la Carrera de Posgrado "Doctorado en Geografía" de la UNNE. Ha sido Conferencista, Moderador y Comentarista en reuniones científicas regionales, nacionales e internacionales.

Desarrolló una Pasantía Posdoctoral en la Universidad de Almería (España) en el año 2012.

Es autor de libros, de publicaciones en revistas de la especialidad y en sitios Web. Sus trabajos han sido publicados en: Argentina, Paraguay, Uruguay, Colombia, Holanda y España.

Recibió el Premio al "Mérito Geográfico", otorgado por la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, en el año 2007.

RESUMEN EXTENDIDO DE LA CONFERENCIA

La organización del espacio está vinculada medularmente con el quehacer del geógrafo, más allá de ser una temática de abordaje interdisciplinario. Los franceses de la geografía regional se referían a la organización del espacio en los años '70, admitiendo que el término “ordenación del territorio” representaba una contracción de aquél término que, por cierto, había alcanzado mayor aceptación y difusión. Para ellos, la región geográfica no implicaba un trabajo meramente monográfico o académico, sino que tenía como fin último el desafío de organizar un espacio para proveer mejor calidad de vida a sus habitantes.

Lamentablemente, el geógrafo, en distintos tramos de la historia, se fue alejando de la esencia de su objeto de estudio para inmiscuirse en cuestiones propias de las ciencias naturales en el siglo XIX, de la sociología en el siglo XX e, incluso, de la filosofía en la etapa postmoderna. Es importante que, en los inicios del siglo XXI, con la explosión de la información, la atomización del conocimiento y la gran diversidad de concepciones, el geógrafo no pierda su conexión con la superficie terrestre, con el espacio geográfico, con el territorio, con el lugar.

El geógrafo tiene tres grandes campos que no debe descuidar, en los que debe mantener un equilibrio, hoy inexistente, que son: la investigación, la docencia y la aplicación. A esta última actividad, hay quienes – haciendo un reduccionismo de las competencias del geógrafo- denominan “geografía profesional”, por estar asociada a la planificación como parte del ordenamiento territorial, a los estudios y evaluaciones ambientales, a prestaciones y servicios con SIG y con cartografía digital, etc. Debe quedar claro que el ejercicio de la docencia, de la investigación y de la planificación son actividades inherentes a la profesión de geógrafo, de la misma manera que un ingeniero, un arquitecto u otros profesionales pueden hacerlas. Cuando un geógrafo está educando o formando a las personas, cuando investiga y cuando aporta sus conocimientos en situaciones territoriales concretas, en todos los casos está ejerciendo su profesión.

Sucede que los geógrafos, en muchos países -y particularmente en Argentina- se han aglutinado dentro del sector docente, una minoría desarrolla la investigación en centros científico-universitarios y, unos pocos, se desempeñan como consultores, asesores o prestadores de servicios concretos en forma particular, integrando grupos privados o a través de universidades, instituciones de investigación u organizaciones no gubernamentales.

Aportar sus saberes en pro de organizar u ordenar un territorio, debiera ser una constante entre los geógrafos, en convivencia e interacción con otras miradas disciplinares. La escasa presencia del geógrafo en temas de aplicación tiene una explicación cultural, ya que tradicionalmente las universidades y centros terciarios de nuestro país formaron “profesores en geografía” para abastecer la demanda creciente de docentes, sobre todo en el nivel medio. Por esa razón, se fue perdiendo la identidad, al punto que aún hoy,

a la hora de declarar su profesión serían muy pocos los que se anunciarían como “geógrafos”, en tanto la mayoría se reconocería como “docente” o “profesor”, aún quienes hayan obtenido titulaciones de licenciados y doctores. Ello muestra la baja autoestima por parte de los cultores de nuestra ciencia, una falta de convencimiento acerca de sus capacidades y competencias, una subvaluación de la formación adquirida y hasta un temor al ridículo o a ser catalogados de presumidos ante propios y extraños. Esta situación no ocurre, por ejemplo, con los licenciados o postgraduados en biología, en geología y en economía, que no tienen ningún reparo en presentarse como biólogos, geólogos y economistas, que en verdad lo son.

En consecuencia, se plantea un gran desafío para los geógrafos si queremos ser reconocidos como profesionales y tener presencia efectiva en la sociedad. Primero, hay que vencer el retramiento, los complejos de inferioridad y las actitudes autodegradantes, a la vez autolimitantes. Quien es licenciado o posee un postgrado en geografía, no debería ruborizarse al autodeclararse “geógrafo”, porque ello es justo y digno, no solamente para sí, sino para la disciplina que representa.

En segundo lugar, mucho es lo que puede hacerse para mejorar, renovar y hacer más atrapante, interesante y comprometida a la geografía que impartimos en todos los niveles de enseñanza. Son numerosos los educadores que se han estancado en una geografía meramente descriptiva, enciclopédica, desactualizada, fría y lejana para los alumnos. Esta situación es un verdadero y gran contrasentido, pues la geografía es una disciplina social, cultural, humana, cargada de valores y desafíos vinculados con las vivencias cotidianas, con los problemas que enfrentamos y sufrimos cada uno de los sujetos y cada una de las comunidades en todos los lugares de nuestro planeta.

En tercer término, deben adecuarse urgentemente los planes de estudios de las licenciaturas, como lo hicieron muchas universidades europeas y algunas latinoamericanas, dándoles a los estudiantes las herramientas, los conceptos y la praxis pertinentes para salir al terreno con una preparación sólida, con capacidad de aplicar técnicas y metodologías apropiadas y con apertura hacia el trabajo interdisciplinario y transdisciplinario.

En cuarto lugar, se debe trabajar arduamente para que cada provincia tenga su colegio profesional de geógrafos, como lo ha hecho Mendoza en el año 2009, de modo de tener presencia social, status profesional y capacidad legal y técnica como organismo de consulta y de servicios.

Por último, es necesaria la práctica o el cultivo de una “geografía cotidiana”: cada geógrafo debería asumir roles, retos y compromisos en el lugar donde habita y/o trabaja, más allá de que su trabajo fuera la docencia, la investigación o la aplicación. La formación del geógrafo le permite opinar, enseñar, proponer, involucrar a alumnos y vecinos, tomar contacto con las autoridades ante problemáticas ambientales o ante decisiones políticas que tengan impacto directo sobre el entorno, que puedan afectar la calidad de vida de la población o generar algún tipo de injusticia espacial.

Sólo así se podrá tener una presencia notoria en la sociedad y, en consecuencia, abrirse paso dentro del enorme abanico de posibilidades laborales que surgen en la actualidad, donde vemos la decidida participación de arquitectos, urbanistas, ingenieros, abogados, biólogos, economistas, sociólogos y, paradójicamente, algunos geógrafos a nivel excepcional cuando la finalidad es tratar y resolver cuestiones inherentes al territorio, al ambiente y al desarrollo regional. En definitiva, el geógrafo (especialista del espacio) debe tener voz y presencia en los espacios (sobre todo en los que habita, en los que constituyen su entorno). En otras palabras, el especialista de la tierra debe influir en las decisiones y acciones terrenales y, eso sí, es volver a nuestra esencia. Para alcanzar esta meta, mucho (o todo) depende de nosotros.